

(XCVII) **BLOWIN' IN THE WIND**CONVERSACIONES  
SOBRE BURGOS**MANUEL PLAZA**

JESUITA, DIRECTOR DEL CENTRO IGNACIO ELLACURÍA, COMITÉ ÓSCAR ROMERO Y TENDER PUENTES

R. PÉREZ BARREDO / BURGOS

Manolo Plaza es alto, como si eso le facilitara sentirse cerca de Dios, pero no es la estatura la que propicia tal aproximación: es la paz que emana, una serenidad hecha de silencio y de lluvia, de tiempo y de reflexión, la espiritualidad magnética que hace de él un tipo extraordinario. Manolo es siempre afable, cercano. Es un abrazo cálido, como la lumbre del hogar. De sonrisa perenne, la mirada de este viajero jesuita burgalés de 85 años tiene un brillo inteligente con tonalidades discretas y humildes. Y acaso en esa amalgama se halle el secreto de un rico mundo interior que explica su maravillosa manera de estar en el mundo. Cruza las piernas con elegancia aristocrática y su voz suena como un susurro. Sin embargo, las palabras de su discurso son aldabonazos. Nacido cerca del Arco de Santa María, fue la suya una infancia privilegiada pese a la posguerra en la que casi todo el mundo tenía lo único necesario para comer: hambre. Él no padeció esos rigores con crudeza. En la casa familiar en la que vivían Carlos, Carmen y sus seis hijos nunca faltó de nada. Más al contrario: creció pudiendo ir a nadar y a jugar al baloncesto y al hockey sobre patines a la Deportiva Militar. «Tengo un recuerdo buenísimo. De los juegos, de las carreras, de las canicas, de las peleas con los del barrio de San Pedro de la Fuente». De porte atlético, llegó a participar en alguna competición de natación, como aquellas que se celebraban los veranos en la laguna negra. «Me encantaba el deporte. También la montaña. E incluso bucear», apostilla Plaza.

Estudió en Jesús María y posteriormente en La Salle: fue uno de los 42 primeros alumnos que en 1944 iniciaron sus estudios en el chalé de los Vadillos que era propiedad del doctor Sebastián. «Allí, con el hermano Blas, hice todo el Bachillerato». Fue un adolescente absolutamente normal, de los que le gustaba estar con los amigos, coquetear con las chicas y pasar las tardes de los fines de semana frente a la pantalla del Popular Cinema, más conocido como 'Pulguero'. También iba por los jesuitas y por el local de la Congregación Mariana que estaba en la calle Santander, donde se hizo un as del billar. A punto de terminar el Bachillerato, reflexionó: «Me gustan las chicas, me gusta estar con mis amigos, pero hay algo que me gusta más. A las puertas de la Cartuja, conversando con el padre Alarcón, le dije que quería ser jesuita». Acababa de cumplir 18 años. Recuerda la fecha en la que le participó a su progenitor la decisión: el 15 de agosto de 1953. «Mi padre me dijo que de eso, ni hablar. Aquello cayó como un cañonazo». Sí contó con la complicidad de su madre, que trató de socavar la postura de su marido. Semanas más



El jesuita, en su despacho, que siempre tiene la puerta abierta para todo y para todos. / LUIS LÓPEZ ARAICO

## «JESÚS DE NAZARET FUE HUMANO Y NOS HAN VENDIDO UN ASTRONAUTA»

tarde, un importante jesuita procedente del País Vasco solicitó hablar con el padre de Manolo. El señor Plaza acudió a la cita en La Merced -sólo tenía que cruzar el puente de Santa María-; a su regreso del encuentro le dijo a su hijo que, aun no estando de acuerdo, le daba el permiso. Salió volando de casa para comunicarle a aquel hombre que su padre le había dicho que sí. Cuál fue su sorpresa cuando éste le dijo que a él le había dicho que no... «¿Qué pasó en los quinientos metros que separaban La Merced de nuestra casa? No tengo ni idea».

La formación de Manolo Plaza en el seno de la Compañía de Jesús

se prolongó durante catorce años. Orduña, cinco años; Loyola, tres años; Durango, dos años; Comillas, tres años. Allí se ordenó. Sumó un último año más en Murcia. Allí el superior le preguntó cuál era su plan. Y Manolo lo tenía claro: quería conocer el centro Lumen Vitae de Bruselas, del que tanto había oído hablar cuando estudiaba Teología. «Era el centro de formación religiosa más avanzado de Europa. Ya el provincial me había dicho que no porque aseguraba que allí se decían muchos disparates. Pero el superior de Murcia me lo arregló. Y tras pasar el verano en una parroquia de París me marché a Bruselas». Aque-

lla experiencia fue una primera gran revelación, una suerte de epifanía en la vida de aquel inquieto jesuita burgalés. «Estuve un año. Supuso para mí un cambio ideológico morrocotudo. Fue el primer gran golpe fuerte en mi vida. Éramos 150 alumnos de sesenta países. Dos por país. Estamos hablando de los años 70. El centro era el no va más. Conocí una visión distinta de la Biblia, de la antropología y la psicología de la persona. Fue un cambio a todos los niveles. Descubrí la importancia de la persona; descubrí que me gustaba acompañar a las personas desde lo humano; y empecé a descubrir que Jesús de Nazaret es una reali-

dad que está metida en la vida».

Tras aquel año intenso, viajó con otros diecinueve compañeros a un kibutz a Israel. «Yo, que procedía de una educación tradicional y muy cerrada, me vi hablando con hombres y mujeres de todo, de lo que nos daba la gana. Tras recorrer el país durante tres semanas con los profesores de Biblia, llegamos al kibutz. Fue una experiencia preciosa. Nadie sabía que éramos curas. Hacíamos misa clandestinamente a las cuatro de la madrugada. Recuerdo que nos preguntaban si no estábamos casados y les respondíamos que nos dedicábamos a la enseñanza y que no teníamos tiempo para casarnos...», evoca sonriendo.

Y lo que son las cosas: en Israel sufrió una brutal crisis de fe, como nunca antes, ni después. Tan grande, que regresó decidido a dejarlo todo: la fe, el sacerdocio, la Compañía de Jesús... Ni siquiera lo compartió con el director y fundador de Lumen Vitae. A su regreso a España (en coche, con otro tres compañeros) concelebraron misa en San Juan de Luz. Allí, sobre el altar, había un misal abierto con un texto breve de San Pablo que decía: 'Buscad las cosas de arriba, no busquéis las cosas de abajo'. «Se me quedó grabado. Seguí dándole vueltas. No dije nada a nadie. Regresé a Burgos y al cabo me destinaron a Valladolid